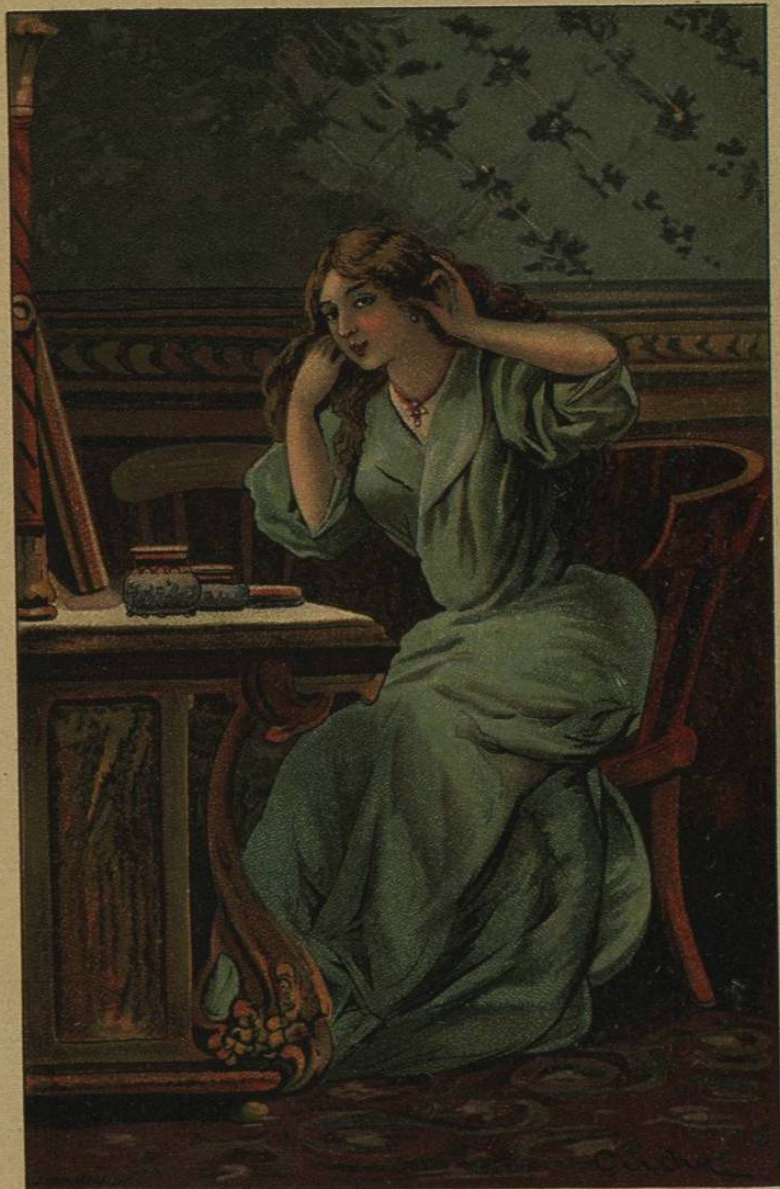


## V

LA ROSA DESCUBRE QUE ES UNA MÁQUINA  
DE GUERRA

Un día Cosette se miró, por casualidad, al espejo, y se dijo:—¡Calla!—pareciéndole que era bonita; lo cual la turbó singularmente. Hasta este momento no había pensado en su figura. Se veía en el espejo, pero no se miraba. Y además, había oído decir muchas veces que era fea. Sólo Juan Valjean decía con amabilidad:—¡No! ¡no! Sea como fuese, lo cierto es que Cosette se había creído siempre fea, y había crecido en esta creencia, con la fácil resignación de la infancia. Pero, ahora, de un golpe su espejo le decía como Juan Valjean:—¡No! En toda la noche pudo dormir. —¡Si yo fuese bonita!—pensaba.—¡Qué bueno sería que fuese bonita!—Y se acordaba de aquellas de sus compañeras, cuya belleza causaba efecto en el convento, y se decía:—¡Cómo! ¡Seré yo como fulanita!

Al día siguiente se miró también al espejo; pero no por casualidad, y dudó.—¿Dónde tenía yo la cabeza?—se dijo.—¡No, soy fea!—Había dormido mal; tenía los ojos encendidos y estaba pálida. El día anterior no había recibido grande alegría al creer en su belleza; pero entonces sintió gran tristeza al no creer en ella. No se miró más; y por espacio de más de



Era linda y graciosa...

quince días trató de peinarse y vestirse volviendo la espalda al espejo.

Por la noche, después de comer, solía bordar en el salón ó hacer algún trabajillo de convento, y Juan Valjean leía á su lado. Una vez levantó los ojos de su trabajo, y quedó sorprendida al observar la manera inquieta con que su padre la miraba.

Otra vez, yendo por la calle, le pareció oír á uno, á quien no pudo ver, que decía detrás de ella:—Linda muchacha, pero mal vestida.—¡Bah!—pensó ella,—no lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida.—Llevaba entonces su sombrero de felpilla, y su vestido de merino.

Un día, por fin, estaba en el jardín, y oyó á la tía Santos que decía:—Señor, ¿no habéis observado qué guapa se va poniendo la señorita?—Cosette no oyó la respuesta de su padre, y las palabras de la tía Santos le produjeron una conmoción. Dejó el jardín, subió á su cuarto, corrió al espejo, al cual hacía tres meses que no se miraba, y arrojó un grito. Se había deslumbrado.

Era linda y graciosa; no podía menos de ser del parecer de la tía Santos y del espejo. Su talle se había formado, su cutis había blanqueado y sus cabellos se habían hecho lustrosos; un esplendor desconocido se había encendido en sus ojos azules. Adquirió completamente la conciencia de su belleza en un minuto, como cuando se enciende una gran luz; los demás lo notaban, la tía Santos lo decía, á ella se había referido sin duda el transeunte, ya no podía dudar; bajó al jardín creyéndose reina, oyó cantar á los pájaros; era invierno, miró al cielo dorado, al sol en los árboles, á las flores en las matas, conmovida, loca, en una embriaguez inefable.

Juan Valjean, por su parte, experimentaba una profunda é indefinible opresión de corazón.

Era que, en efecto, desde hacia algún tiempo, contemplaba con terror aquella belleza, que se presentaba cada día más brillante en la simpática fisonomía de Cosette: aurora de alegría para todos, y lúgubre para él.

Cosette había sido bella mucho antes de notarlo. Pero desde el primer día aquella luz inesperada que se elevaba lentamente, y envolvía por grados toda la persona de la joven, hirió la sombría pupila de Juan Valjean. Conoció que aquello era un cambio en una vida feliz, tan feliz, que no se atrevía á alterarla en nada por temor de perder algo en ella. Aquel hombre, que había pasado por todas las miserias, que aún estaba sangrando por las heridas que le había hecho el destino; que había sido casi malvado, y que había llegado á ser casi santo; que después de haber arrastrado la cadena de presidiario, arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; aquel hombre á quien la ley no había perdonado aún, y que podía ser preso á cada instante, y sacado de la obscuridad de su virtud á la luz del oprobio público, aquel hombre lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecía todo, tenía benevolencia para todo, y no pedía á la Providencia, á los hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza, al mundo, más que una cosa: ¡que Cosette le amase!

¡Que Cosette siguiese amándole! ¡Que Dios no impidiese que llegase á él, y permaneciese en él el corazón de aquella niña! Si Cosette le amaba, se creía curado, tranquilo, pacífico, recompensado, coronado. Si Cosette le amaba, era feliz; ya no deseaba más. Si le hubieran preguntado:—¿Quiéres estar mejor? Habría respondido:—No. Si Dios le hubiera dicho:—¿Quiéres el cielo? Habría respondido:—Perdería en el cambio.

Todo lo que podía modificar aquella situación, aunque no fuese más que la superficie, le hacía temblar como el principio de otra cosa desconocida. Nunca había sabido lo que era la belleza de una mujer; pero por instinto comprendía que era una cosa terrible.

Juan Valjean, desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su opresión, miraba asustado aquella belleza que se presentaba cada día más triunfante y soberbia á su lado, á su vista, sobre la frente pura y temible de la joven.

Y se decía:—¡Qué hermosa es! ¿Qué va á ser de mí?

En esto estaba la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre; lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con placer.

No tardaron mucho en manifestarse los primeros síntomas.

Desde el día siguiente á aquel en que Cosette se había dicho:—Decididamente soy guapa,—puso cuidado en su tocador. Recordó lo que había dicho el transeunte:—Bonita, pero mal vestida. Soplo de oráculo que había pasado á su lado y se había desvanecido después de haber dejado en su corazón uno de los gérmenes que llenan siempre toda la vida de una mujer: la coquetería. El otro germen es el amor.

Con la fe en su hermosura se desarrolló en ella el alma de la mujer. Odió el merino y se avergonzó de la felpilla. Su padre no la había negado nunca nada. En seguida aprendió la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, de la bota, de los manguitos, de la tela de moda, del color que mejor sienta; esa ciencia que hace de la mujer parisiense una cosa tan seductora, tan profunda y tan peligrosa. La frase *mujer espiritiosa* ha sido inventada para designar la mujer parisiense.

En menos de un mes la niña Cosette, en aquella

Tebaida de la calle de Babilonia, fué una mujer, no sólo de las más bonitas, lo que es algo, sino de las más «elegantes» de París, lo que es mucho más.

Hubiera querido encontrar á «su transeunte» para ver lo que diría y para «darle una lección.» El hecho es que estaba verdaderamente encantadora, y que distinguía de una mirada un sombrero de Gerard de un sombrero de Herbaut.

Juan Valjean contemplaba estos estragos con ansiedad. El, que comprendía que nunca podría sino arrastrarse, andar por la tierra todo lo más, veía que Cosette iba adquiriendo alas.

Por otra parte, al ver el traje de Cosette una mujer hubiera conocido en seguida que no tenía madre.

Hay ciertas sutilezas del decoro, ciertas convenciones especiales, que Cosette no observaba: una madre, por ejemplo, le habría dicho que una joven soltera no se viste de damasco.

El primer día que Cosette salió con su vestido y su manteleta de damasco negro y su sombrero de crespón blanco, se cogió del brazo de Juan Valjean alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, esplendente.—Padre,—dijo,—¿qué os parezco así?—Juan Valjean respondió con una voz semejante á la de un envidioso:—¡Encantadora!—Fueron á paseo, como siempre, y al volver preguntó á Cosette:

—¿No te pondrás ya tu vestido y tu sombrero?

Esto pasaba en el cuarto de Cosette. La joven se volvió hacia la percha del guardarropa, donde estaba colgado su hábito de colegiala, y dijo:

—¡Ese disfraz, padre! ¿Qué queréis que haga de él? No me pondré más esos trapos horribles. Con ese casquete en la cabeza parezco una tarasca.

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde aquel momento observó que Cosette, que antes quería siempre quedarse, diciendo: — Padre—

me divierto más aquí con vos,—quería á la sazón salir siempre. Y, en efecto, ¿de qué sirve tener buena cara y un delicioso traje, si no se han de enseñar?

Observó también que Cosette no tenía ya tanta afición al patio interior: ya le gustaba más estar en el jardín y pasearse por delante de la verja. Juan Valjean, disgustado, no ponía los piés en el jardín: permanecía en su patio como un perro.

Cosette, al saber que era hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita, porque la belleza realzada por la sencillez es inefable, y no hay nada más digno de adoración que una inocencia deslumbradora que lleva en la mano, sin saberlo, la llave de un paraíso.

Pero lo que perdió en gracia inocente, lo ganó en encanto pensativo y serio. Toda su persona, penetrada por las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, respiraba una espléndida melancolía.

En esta época fué cuando Mario, después de pasados seis meses, la volvió á ver en el Luxemburgo.